

### *Sede de la Sabiduría*

El cerebro y su signo: un cuero pésimo, lastre burdísimo, inaguantable. El cuero apesta, no hay duda.

Un creyente: “La caña dual, el cerebro o el espíritu, el cerebro o la carne, infinitud-finitud. Hay aquí como un eco de viejas discusiones. Si aceptamos ese cerebro como símbolo del alma puede apreciarse el lugar natural que le corresponde. El alma, ente superior, ha de gobernar la carne (*léase cuero de cabra*), idea que se resuelve indiscutiblemente mediante los hilos que unen el cerebro con el cuero. Así la carne aparenta vida, no siendo sino máquina impulsada por el alma. Rotos los hilos, perdido todo contacto con la glándula pineal (*esas teorías exquisitas de antaño, esos juegos olvidados tras los infalibles Popper-Eccles, platónicos de bata blanca*) la carne muere, pues no es vida, y vive sólo el alma, que es de Dios y a su Vida apunta (*Amén*)”.

Un nihilista: “El cuero es un símbolo inequívoco de nuestra naturaleza. Es preciso que ese cuero nos insulte, como toda verdad de provecho. ¡La sede del Temor a Dios, un cuero putrefacto!”

Un libertino: “Al cerebro le duelen las neuronas de puro pensar sin sexo”.

### *Fósil rítmico o centro quebrado*

Algunos cerebros cuelgan de sus dueños como atraídos hacia lo alto por nubes caprichosas, como si experimentaran los rigores de una fuerza de gravedad inversa. Estas gentes suelen sufrir dolores como al revés sin que logren sospechar el placer de dolores cómodos, amables, provistos de la dignidad encantadora de un sofá en salones desiertos. Un cerebro de esta naturaleza precisa de una maquinaria inconcebible que los sujete, confinándolos en su cavidad craneal. Tan irresistible es la fuerza vertical que tira de ellos que es natural temer que rompan el cráneo, descorchándose con la rabia incontenible de las sidras vulgares. Por lo común, estos artilugios garantizan a sus usuarios inmovilidad cerebral forzosa. Pero la imprudencia de algunos a la hora de dormir la siesta, la intemperancia o el descuido imbécil de otros han ocasionado accidentes horribles. Las cabezas de estos desgraciados, convertidos sin aviso en morteros ambulantes, disparan con sorda detonación los cerebros, que se elevan con la gracia fúnebre de misiles inteligentes. Los transeúntes, desconcertados, en vano se esfuerzan en perseguir los proyectiles con la vista, pues ya se pierden, traspasan las últimas nubes y abandonan definitivamente la atmósfera. Los periódicos locales suelen hacerse eco con generosidad de sucesos pirotécnicos como éstos, aunque rara es la vez, sin que sepamos la causa, que periódicos de ámbito nacional los divulguen.

Pero no quería ocuparme de estos cerebros indóciles. Otra especie, por desgracia más abundante, ha de atraernos la atención. Me refiero a esos cerebros graves, enclavados firmemente, en sus cabezas, sobre los hombros, con el peso soberbio de un pilar catedralicio. ¡Qué lentitud pasmosa la de estos cerebros! Dormitan, como osos cavernarios, ahitos de su *dolce non far niente*, moluscos fosilizados que llevan esos pies a pasear, a la oficina o al mercado. Los portadores de estos cerebros precisan de aparato aligerador. Suelen tales máquinas instalarse sobre el sujeto, afianzándose en ambos hombros. Sobre la cabeza pende el mecanismo principal, formado por un ingenioso sistema de poleas que tira del cerebro con fuerza uniforme y constante. Los individuos que han experimentado este artilugio en sus carnes coinciden en referir una sensación de cosquilleo neuronal, como una efervescencia de lucidez nunca antes experimentada.

### *Cerebro en proceso de registro*

También los cerebros se constipan, como viejecillas en otoño, atrincheradas en poltronas sin vida. Dan lástima estos cerebros derrotados, humillados por la dolencia, mustios, desahuciados. Hay quienes, advertidos de la extrema sensibilidad de estos órganos, cuidan de no exponerlos a

bruscos cambios de temperatura o a corrientes de aire intolerables, abrigando los cerebros con celo maternal, acunándolos si es preciso. Así previenen los más cautos las temibles afasias y otras lesiones incurables, espanto y ruina de cuerdos. Para otros, en cambio, toda precaución es ociosa, pues sus cerebros no enferman como los más; antes se exponen a males de naturaleza bien distinta. Es el caso de cerebros entregados a erudición forzosa, catedráticos antifáusticos, esclavos y peste de las letras, bibliófagos reincidentes, caterva infame, inmundicia enemiga de todo arte, que la Providencia entrega con regularidad al infierno para paz y alivio de los justos.

### *Sede del pensamiento y la razón*

A poco de revelársele a la humanidad el milagro del pensamiento, sus cabezas más notables ya porfiaban en dar con su sede. Buscaban los pensantes según diversos métodos, variopintos los más, excéntricos y estrafalarios. Algunos optaban por escudriñar el curso de las nubes sobre la superficie espejeante de las aguas de un lago; otros, más radicales, por sumergir cerebros de recién nacidos en cubas de mosto o en calderas de miel. Hubo sabios que se hicieron sepultar en cavernas durante veinte años, ignorándose, por desgracia, el término de sus dilatadas meditaciones. En Oriente, sabios concienzudos y metódicos viviseccionaron cráneos de videntes, sexos de doncellas, muslos y tobillos de santos, globos oculares, trenzas, testículos, lenguas de escribas, penes de general, durante interminables y fértiles siglos de honrosa ciencia. Los profetas ayunaban en el desierto cuarenta días y cuarenta noches y aunque algunos regresaban a la ciudad como osamentas renegridas, confundiendo al pueblo con oráculos de arena y visiones sin luz, los más tributaban sus arcanos y sus huesos al desierto, del que jamás volvían. Amplios arrozales sirvieron de escenario de anegadas especulaciones al campesino audaz, concentrado en la ociosa evolución de la bosta de un buey sobre la superficie recién arada del agua. En las praderas lejanas, los cazadores del bisonte interrogaban al humo patrio con desigual fortuna. Los más escépticos vigilaban el vuelo de los buitres. Buscaban, buscaron incansables los santos, los sabios, los profetas, agotando métodos inverosímiles, ensayando variantes, *addenda*, correcciones *ad hoc*, abrumando al pueblo con sus revelaciones, disputando con los incrédulos, sometiéndose al ataque de escépticos y cínicos. Ninguno se creyó obligado jamás a justificar, en lo tocante a métodos, sus preferencias. Ignoraban cuánto puede determinar la dieta porcofílica, ciertos regímenes sexuales, la proximidad del mar o el uso institucionalizado de moneda —por mencionar algunos, sin ánimo exhaustivo— la aceptación de uno u otro método. Estas cuestiones epistemológicas nos alejan de nuestros intereses históricos y etnográficos. Las investigaciones más autorizadas concluyen que no ha habido consenso en atribuir a tal o cual órgano la sede del pensamiento. No es de extrañar que algunos pueblos decidieran ahorrarse abonadas disputas, hueras e interminables. Así, los chamanes de las selvas del Sur, quienes siguen un único principio de radical economía: negar la posibilidad del pensamiento.

Roberto A. Cabrera

Texto del catálogo de la exposición “Confesiones para la ironía y la razón”, editado por la Galería Mácula, La Laguna, 2000